

Viviendo en Epsilon

Unos cuantos años han pasado ya desde entonces. Catarsis derrotada, yo noqueado, la invasión, el exilio.

Nosotros, 11 Balas, los precursores de todo. Que no por intención, hay que decir.

Epsilon, tan insistentemente nombrado por nuestro amigo Anochecer.

Ahora vivimos aquí todos juntos, en el último refugio de la humanidad.

Al poco de comenzar la invasión y sabiendo lo de Epsilon me di cuenta de que debía hacer algo con toda la información de la humanidad. Debía salvar toda la que pudiese, y eso hice. Dedicándome de pleno a ello me repartí a lo largo de la red mundial buscando, analizando, seleccionando, recompilando y redirigiendo toda la información de utilidad que pude a través de los nodos que creí más seguros hasta Epsilon.

Conforme la invasión avanzaba los nodos iban siendo destruidos mientras transmitían. Mucha información valiosa se perdió por el camino, y mucha más no fue encontrada.

Salvé buena parte de lo que nos sería útil en el aciago futuro que nos esperaba, pero mucha menos de la que hubiera querido.

Al poco de llegar decidí aislarme recluyéndome en las profundidades de la ciudad y pasé un tiempo en ellas tranquilo, solo, cruzándome ocasionalmente con algún aventurero que descendía a ellas en busca de algo útil.

Si, había mucha chatarra. Gracias a ello pude encontrar algún que otro androide al que podía mandar arriba a por algo de comida.

Podía estar arriba ayudando a los demás, pero no me sentía con muchos animos tras haberme perdido “la gran pelea”. Al menos me sentía satisfecho por haber salvado toda esa información.

Nadie sabía quién había sido, y muchos le adjudicaban el mérito a los netranners que había conseguido escapar a la hecatombe, los cuales por cierto también habían hecho todo lo que habían podido al respecto. De todos modos mis compañeros sí que deberían haberse dado cuenta, al menos los más discurridores. Yo por ejemplo podría fácilmente no haberme dado cuenta puesto que siempre estoy en las nubes. Pero antes de que nadie pudiera decirme nada desaparecí.

Poco a poco, al lugar donde yo habitaba llegaba más y más chatarra desde allá arriba. En la ciudad se aprovechaba todo en la medida de lo posible, pero siempre había quien prefería tirar cosas aprovechables.

Teniendo todo el tiempo del mundo me dediqué a analizar todo sobre mecánica y cibernética que podía encontrar entre la información de la ciudad, todo ello sin necesidad de subir. A pesar de ello las caminatas por la inhóspita zona me mantenían en una forma aceptable.

Con el tiempo fui reconstruyendo más y más máquinas con las que ya tenía, aunque mi heterogéneo almacén me obligaba a recurrir a la imaginación la mayoría de las veces. Es por ello que acabé teniendo una colección de autómatas de todos los tipos y tamaños.

Poco a poco acabé teniendo toda una tribu, por no decir legión, a mi disposición. La gran mayoría de ellas poseía una inteligencia artificial muy rudimentaria, lo justo para vagar por ahí sin que tuviera que estar pendiente de moverlas, pero me daban una agradable sensación de compañía. Eran como un rebaño.

No eran muy sofisticadas, y además algunas de ellas muy destartadas. Solía aguantarlas esperando que cayera el componente necesario para que funcionaran de una forma más decente. A veces había suerte y la mayoría acababa desguazándolas para realizar las necesarias reparaciones en otras que acababan fallando. Con el tiempo se me acabó dando bastante bien, incluso monté algunas cadenas de montaje en lugares estratégicos que la poca gente que bajaba nunca encontraba.

Hasta empecé a venderlas arriba. No directamente, claro. Para algo tenemos la compraventa en la red. Claro está que me cuidaba de vender sólo las máquinas que podía subir fácilmente allá arriba. También me introducía en los foros y demás sitios de la red donde pudiera animar a la gente a deshacerse de la chatarra que no usaran, que eso de reciclar era una tontería. Irónico, ¿verdad?

¡Qué! ¡Necesitaba material! Además, las vendía a muy buen precio. Total, yo no necesitaba el dinero. Eso sí, en cuanto empecé a recibir ingresos también empecé a pagar por la comida que adquiría de arriba.

Al entrar de nuevo a la red comencé también a recuperar los hábitos de todo buen Netrunner, pero sin abusar de mis capacidades. ¡Si podría haber hecho que la propia ciudad echara a andar! No literalmente, claro.

A partir de entonces comencé a tener más suerte en cuanto a lo de encontrar video consolas en la chatarra. Estaban echadas a perder, pero no para mí. Ciertamente, podía programar juegos y exprimirlos sin necesidad de hardware alguno, pero echaba de menos la sensación de un mando entre las manos, con sus botones y palancas.

¿De que me alimentaba? Como ya he dicho mis queridas maquinitas me lo traían de arriba. A veces cogía comida sana, pero debo decir que solía decantarme por la comida basura. Las patatas con sabor a ternera asada, mis favoritas, aunque también me gustan las de fresa. Y batidos. Sí, me encantan los batidos. Voy probando sabores.

Y para los ratos muertos, bueno, descubrí que la gente, incluso estando la raza al borde de la extinción, seguía dedicándose a grabar ciertas cosas. Cosa que no desaproveché.

En cuanto a mis compañeras. No, no eran peligrosas. Al menos no las creaba para eso. Vale que tenía alguna que otra para defenderme de los depredadores de las profundidades, pero nada para poner en peligro a la gente. También me salvó mi viejo traje muscular de alguna dentellada peligrosa.

Pero claro, seguía habiendo algún desesperado o valiente que descendía hasta el agujero más profundo que era mi hogar, veía extrañas cosas que no imaginaban que estarían ahí en la oscuridad y se asustaban, lo cual conllevó que las autoridades de la ciudad tomaran cartas en el asunto.

Al principio no me costó evitarlos, pues las primeras búsquedas no fueron muy exhaustivas, pero siguió habiendo encuentros inevitables que conllevaron que se agravara la situación. Conectado a la red podía adelantarme sin problemas a sus movimientos e incluso confundir a los equipos, pero no podía excederme, pues no sabían que era un netrunner el que estaba detrás de todo y no era buen plan aclararlo.

Hasta que hubo una víctima, un tipo que, habiendo descendido con un grupo para una acampada o algo por el estilo, estaba demasiado ebrio como para evitar que una de las máquinas errantes le pasara por encima. Por lo que vi después en la red debía de ser pariente de alguien importante allá arriba, lo cual precipitó los acontecimientos.

Algunas de mis máquinas más grandes acababan delatadas ante los cada vez más insistentes equipos de búsqueda y éstos las destruían cuando las encontraban. Podía oír sus inexistentes gritos de agonía cuando eso sucedía. No es que las tomara como seres vivos, pero a nadie le hace gracia que destrocen las posesiones que más aprecia.

Supongo que lo hacían con la intención de proteger a la población, la última de la Tierra, cosa que apruebo, pero no me gustaba nada que afrontaran el asunto de esa manera.

¿Declararles la guerra? Eso sí que habría sido una estupidez. Vale que tenía lo necesario para hacerlo, incluso podría haber vuelto su tecnología contra ellos, pero no tenía intención de amargarle aún más la vida a los últimos humanos. Seguro que así habría vuelto a ver a los chicos, cuanto tiempo, pero hay formas más sensatas de hacerlo.

Al final se acabó su paciencia. Si, la de ellos, no la mía. Desde luego....

Espiándoles pude ver que planeaban una purga o cacería masiva en la que animaban a participar a todo voluntario que se animara, así que tras mandarles un mensaje y dejarles claro con unas “pequeñas” demostraciones que era un netrrunner quien estaba detrás de todo aguardé en un lugar de las profundidades relativamente frecuentado e indicado en el mensaje para presentarme ante ellos.

Más bien fue para que me detuvieran. Por suerte había esparcido y desactivado todas las máquinas para que durante mi indefinida ausencia le gente no tuviera excusa para hacerles daño. Otra cosa era que todos la necesitaran, pero algo era algo.

Me tuvieron un tiempo encerrado, interrogándome. Viajando por la red pude comprobar que lo relativo a mi se había llevado a cabo en secreto, pues no había comentario alguno al respecto en la red. Claro que había fuertes medidas de seguridad, además de ningún medio a mi alcance para conectarme, pero ellos no sabían que no los necesitaba. Y tampoco tenía problemas para darme un garbeo por la red sin que se enterasen, de todos modos tampoco debía abusar para no levantar sospechas.

Lo bueno fue que no me dieron palizas, es más, me trataran bastante bien para ser un preso. Yo no era una amenaza para ellos. Su problema era que yo era algo desconocido para ellos, alguien que había podido dar vida a toda la chatarra de la ciudad y convertir ese oscuro agujero en algo parecido a un lugar vivo.

En un principio no quería cooperar con ellos pues no fueron precisamente simpáticos en un principio, pero con el tiempo, y viendo que no dábamos problemas ni yo ni nada de las profundidades, empezaron a mejorar sus modales. Habían pasado de la preocupación a la simple curiosidad.

Yo encantado aclaré todas sus dudas. En un principio no me creyeron pero, tras repetir la divertida demostración de hacía unos días que irritó los ánimos de la población durante unas horas, comprendieron.

Entonces me dijeron lo mismo que a todos los últimos humanos que vivían en la ciudad. Tenía que poner de mi parte. No, no me recluido allí abajo para eludir responsabilidades, simplemente quería pasar una temporada a solas para reflexionar. Siendo que no me iban a dejar marchar por las buenas y que ya iba siendo hora de dar a mis habilidades el uso que merecían, acepté.

Lo hice a cambio de que me dejaran seguir abajo, tranquilo. Les pareció perfecto. Les era preferible que la gente no conociera la existencia de alguien con mis aptitudes. Claro está que mis antiguos compañeros me conocía, pero no dije nada respecto a ellos, no creí que hiciera falta. Respecto a la población, el alto mando me dijo que podía sentirse insegura teniendo entre ellos a alguien capaz de poner la ciudad patas arriba. Os recuerdo que era la última de la Tierra.

Picándome un poco la curiosidad eché un vistazo en la red sobre los datos del resto, pudiendo ver que, exceptuando algún pequeño altercado estaban todos bien viviendo sus vidas a su manera.

No tardé en ponerme de nuevo a trabajar, solo que esta vez siguiendo sus directrices. Devolviendo a la vida a mis pequeños comencé a trabajar con toda la chatarra y circuitería que ahora me traían de toda la ciudad, dejando con ello a unas cuantas personas sin trabajo. Pero bueno, ya encontrarían algo que hacer. ¿Qué? Yo estaba haciendo esto obligado.

No tardé en darme cuenta de que todo el tiempo que había estado dando forma a mi amiguitos lo hacía mayormente sin ninguna finalidad en concreto, pero ahora si que tenían que hacerlos para que realizaran sus labores de forma eficiente.

Por ello, a parte de ayudarme de los foros solicité al alto mando ayuda oficial, aunque no lo fuera realmente. Ellos exigían los diseños a quienes tenían preparados para ello y lo ponían a mi disposición en su base de datos.

Una cosa me dejaron bien clara, nada de armas. Imaginadme dirigiendo un ejército de máquinas asesinas asaltando la ciudad para erigirme que amo y señor de hombres y máquinas. La verdad, no tenía ganas de hacer algo así, pero de todos modos los temas bélicos se quedaron arriba. Tampoco me importaba.

También aprendía la diferencia entre hacer las cosas por gusto y trabajar por plazos. Desde ahí arriba no hacían más que exigirme más y más. Entiendo que hiciera falta, pero hasta yo tenía un límite para llevar todo ello a la vez. De todos modos hurgando en su red podía ver que estaban encantados con mis resultados. Lo que pasaba era que no querían que volviera ocioso. No, si aún estaría Jack ahí metido, con lo cansino que era con eso.

Abrumado por la tarea decidí crear un “trono” al que conectarme para poder gestionar mejor todo. Por necesitar no necesitaba conexión física alguna par hacerlo, pero el trono y la infraestructura de gestión que fui instalando me ayudaron a agilizar enormemente los procesos. Si, antes que el trono me hice una cama. Veía más cómodo trabajar tumbado, pero después de quedarme unas cuantas veces dormido y otros tantos toques de atención por parte de los de arriba tuve que hacerme el trono. Previendo el tener que desplazarme en los subterráneos para lo que surgiera monté unos cuantos más repartidos por el submundo.

No tardaron en exigirme una nueva labor. Adicional a la que ya tenía, claro está. Debía fabricar y utilizar maquinaria pesada para perforar hacia abajo. El objetivo, expandir la ciudad, la cual se estaba quedando pequeña debido a los nuevos refugiados y a la política de nacimientos. Había que ir empezando a recuperar los números de humanos en la Tierra.

Manos a la obra, ... Mpffff. Perdón por la risa, sólo es que solo usaba las manos para... bueno, que había trabajo que hacer. Tras comenzar la masiva ampliación más gente fue destinada a niveles inferiores con tal de descongestionar el nivel superior. Decía la gente no se qué de injusticias y demás cosas. A mi igual me daba, tenía trabajo que hacer.

Más trabajo, ésta vez supervisar la red de la ciudad. Tenían netranners para ello, pero no, tenía que ir Stallman a encargarse. Ir figuradamente, claro. Yo seguía tan tranquilo aquí abajo mientras la gente lidiaba con sus problemas allí arriba.

Por suerte lo siguiente que me mandaron era más interesante. Debía programar y montar simuladores de combate para los soldados de la ciudad y, de paso aprovecharlos para hacer videojuegos para la juventud. Había que convencerla para la defensa de la humanidad.

Entre todo esto aproveché para ir proponiendo algún proyecto. Les comenté la posibilidad de crear un nodo aquí en Epsilon, pero me dijeron que hacía falta una cantidad aberrante de material que no poseíamos para tal obra, aparte de necesitar los

planos de diseño o algo que sirviera. Bueno, quizá podamos hacerlo en un futuro, aunque sea en pequeño. ¿Qué impedirá si no al doctor llamar a nuestra puerta?

Otra cosa que propuse y a la que por suerte dieron el visto bueno fue al desarrollo de un potente bio-ordenador que me ayudara en la gestión de la ciudad y que tomara el relevo si yo no podía ejercer en algún momento. El proyecto llevaría varios años, pero todo era cuestión de empezar.

Y entonces, en uno de mis escasos ratos de ocio hurgando por la red lo vi. Un video de algún antiguo videojuego de antes de la hecatombe en el que salía un traje/armadura de combate. ¿Quién demonios se había dedicado a salvar esa información inútil? ¡Malditos incompetentes!

Aunque haciendo memoria recordé que una pequeña parte de la información que salvé era de cosas que me parecían curiosas. Es más, creo que ese video lo traje yo a la ciudad. Ejem, bueno. Volviendo a lo que iba. Era magnífico. Puede que en adelante no fuese Jack el único que tuviese un traje guay.

Dudando al principio, le presenté en secreto mi propuesta al comandante tras recopilar toda la información. Efectivamente, por segunda vez en muchos años volvía subir allí arriba. Tras casi dos horas discutiendo con él, tratando de convencerle de lo útil que sería para cuando tuviéramos que vérnoslas con el exterior y reclamándole a la vez que me merecía un proyecto así a cambio del tremendo servicio que estaba prestando a la ciudad logré convencerle.

Claro que me puso los puntos sobre las ies. Para empezar, si mi existencia era ya un secreto el proyecto lo sería aún más, puesto que el alto mando había dejado claro que yo no podía trabajar con armas de ningún tipo. Segundo, yo era el completo responsable del proyecto y el que fuera bien o mal era cosa mía. Se prestó a proporcionarme lo necesario según hiciera falta, pero todo con la máxima discreción. Y por último, éste se desarrollaría enteramente en “mis dominios”.

Consciente de mi genética superior, aunque desaprovechada, le propuse al comandante que se hiciera un clon de mí como candidato ideal para el traje, pero con los recursos de que disponíamos era imposible hacer tal cosa. Tenía que arreglármelas con lo que pudiera encontrar.

Así que aprovechando la información que conservaba de Catarsis le solicité un realizar un estudio de la población valiéndome de los criterios que nuestra antigua enemiga empleaba para descubrir a los sujetos más compatibles para mejorar.

No, no quería hacer al afortunado/a como yo, pero sí que quería mejorarlo genéticamente con mi ADN para que fuera óptimo con el traje, además de algunas pequeñas operaciones que serían necesarias par poder conectarlo. Si, sería necesario que se conectara al traje. Ya tenía claras unas cuantas cosas al respecto.

Bien, el estudio está en marcha y yo estoy aquí abajo organizando el tinglado.

¿Quién será el afortunado o afortunada?